

Antología Queer

Poesía

Gabriela Mistral, *Poema de Chile* (1967). Santiago: Seix Barral, 1985.

A veces, mama, te digo...

–A veces, mama, te digo,
que me das un miedo loco.
¿Qué es eso, di, que caminas
de otra laya que nosotros
y, de pronto, ni me oyes
y hablas lo mismo que el loco
mirando y sin responder
o respondiendo a los otros?
¿Con quién hablas, dime, cuando
yo me hago el que duerme... y oigo?
Será con los animales,
La hierba o el viento loco.

–Porque todos están vivos
y a lo vivo le respondo.
También contesto a lo mudo,
por ser mis parientes todos.

–Ja, ja, ja, mama, la mama,
calla o me lo cuentas todo.

–Me llamaban “cuatro añitos”
y ya tenía doce años.
Así me mentaban, pues
no hacía lo de mis años:
no cosía, no zurcía,
tenía los ojos vagos,
cuentos pedía, romances,
y no lavaba los platos...
¡Ay! Y, sobre todo, a causa
de un hablar así, rimado.

–¿Y qué más, qué más hacías?
¡Ve contando, ve contando!

–Me tenía una familia
de árboles, otra de matas,
hablaba largo y tendido
con animales hallados.
Todavía hablo con ellos
cuando te vas escapando.

Pero ellos contestan sólo
cuando no les haces daño.
No los hostigó mi Santo
Francisco y les dijo hermanos.

A dónde es que tú me llevas

¿A dónde es que tú me llevas
que nunca arribas ni paras?
O es, di, que nunca tendremos
eso que llaman "la casa"
donde yo duerma sin miedo
de viento, rayo y nevadas.
Si tú no quieres entrar
en hogares ni en posadas
¿cuándo es que voy a dormir
sin miedo de la iguanas
y cuándo voy a tener
cosa parecida a casa?
Parece, Mama, que tú
eres la misma venteada...

—Si no me quieres seguir
¿por qué no dijiste nada?
Yo te he querido dejar
en potrerada o en casa
y apenas entras por éstas
te devuelves y me alcanzas
y tienes miedo a las gentes
que te dicen bufonadas
y en las ciudades te azoran
los rostros y las campanas.

—Es que yo quiero quedarme
contigo y tú nunca paras.

Di siquiera a dónde vamos
a llegar. ¿Es en montañas
o es en el mar? Dilo, Mama.

—Te voy llevando a lugar
donde al mirarte la cara
no te digan como nombre
lo de "indio pata rajada",
sino que te den parcela
muy medida y muy contada.
Porque al fin ya va llegando
para la gente que labra
la hora de recibir
con la diestra y con el alma.
Ya camina, ya se acerca,
feliz y llena de gracia.

Jorge Onfray, *La leyenda de la rara flor*. Santiago: Imprenta Central de Talleres, 1959.

Censo

¿Cuántas?
¿Cuántas eran?
¿Cuántas eran en la muda
República?

La flor
Alborozada,
En su tallo inexperta,
Abierta al raro beso no llegado,
Contaba y contaba cuántas
Eran sus maldecidas hermanas,
Y se preguntaba,
Se preguntaba si muchas eran
Como el clavel a granel y la rosa
numerosa
O si eran pocas.

Contó y contó, se cansó
De contar a lo lejos el relámpago
De aquellas muy nuevas miradas,
Esos perfumes como cifra misteriosa,
Pausado mensaje que una brisa
Traía, finalmente aliada.
Amando lo que aún desconocía
La flor casi amaba
De la rosa la corola opulenta,
Confundida de no saber todavía
Al clavel insuspecto casi confundía
Atribuyéndole aquellos otros perfumes,
Aquellos otros relámpagos

Y así la flor,
Antes del proscrito beso,
Para las estatuidas flores
Fue la culpable.

En la república de las flores ¿cuántas
Eran como ella culpables?
¿Cuántas eran?
¿Cuántas?

Prohibidas ansias

“Si la lluvia no me fue regateada
Mientras en otras desdóblase en linfas fecundas,
Si cada mañana, cada tarde
La luz no me escudriñase buscándome
El pecado que callo,

Bajo el arco de sombra de los pétalos
La tierna ojera delatora,
Si el aire no me exigiese, censor severo,

Y fuera cuanto es para otros, heraldo leve,
Y transmitiese el único recado que impune

Para ciertas jóvenes flores deseo,
Por fin
Si la tierra me dejara y en ella
Yo hundiese mis dedos secretos

Y ellos crecieran
Crecieran a mezclarse, sabios,

Clandestinos, con intocados dedos
De hermanas que me son vedadas.
Pero..."

Y esa flor suspiraba,

Enrique Lihn, *Porque escribí*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 1995.

La Efímera Vulgata¹ (Fragmento)

En un barrio de Sidney en la Rambla de Sitges
(cuando los padres han recogido a sus niños)
A medianoche cuando la Cenicienta pierde, alocada y astuta
uno de sus zapatitos en manos de las doce campanadas
en el Café de la Ópera, en la casa de la Carlina
en Christopher Street
se despierta la Efímera Vulgata para su vuelo nupcial
Despliega, como en las viejas tarjetas postales, sus alas de
seda pintadas de lentejuelas
Los ojos son ocelos que relumbran al contacto de la luz y
brillan con languidez.

Ante el espejo abominable
cópula que multiplica el número de lo mismo
alza el busto –ese simulacro– y miente la voluptuosidad
con que acaricia
senos que –si no tiene– existen por el milagro doloroso
de la silicona
Despereza con manos, a veces velludas
empinándose, el cuerpo desesperadamente sin nalgas
El reloj –todavía masculino– marca la hora
en que esta cenicienta debe atrapar a su príncipe
–aparición invertida que lo haga caer, como en una trampa,

1 Este poema ilustra un libro de imágenes del mismo título, obra del fotógrafo Luis Poirot.

en lo que no es—
los pies grandes en los zapatos estrechos
Pues también el príncipe miserablemente, a veces, deambula
y otras, con ferocidad
detrás de un phantasma, y no es (¡ay!) casi nunca una cabeza
coronada:
la excepción que confirme la regla.

En los precitados rincones del mundo la rara flor se extiende
centelleando
no por los prados de su imaginación sino por cafeterías y
discotecas
Es el desfile que remeda el vuelo, una marcha heroica
Exhibicionismo circunscrito al incógnito que se desgaña
por violarlo
en un frenético baile de irreconocibles
desenmascarados.

Los que alguna vez se han soñado mujer (y su nombre es
legión)
abominan del ejército de las locas
diezmado pero a veces violento
que al atacar se bate en retirada.

La Efímera Vulgata al llegar con las manos en el espejo a
las entrepiernas
se esfuerza por ocultar, en lo que parece el pubis, el arma
que esgrimirá cuando lo delate
al desdoblarse en su propio atacante
Pero mientras llegue con él ese momento
quisiera arrancarse lo que le falta y le sobra
pues del otro espera el objeto de su deseo:
el objeto del deseo del otro
y lo debe llevar allí prendado de las prendas irrisoriamente
femeninas
—un calzón escarlata, negras medias de malla—
Señal oculta de que el espejo, aunque seductor
es una metáfora de la mentira.

El falo, estigma pero signo
de que a través del disfraz pintado y alado
el cual en cada miembro de ese ejército cambia
hasta lo inverosímil
restaura pánicamente la efigie
de la Gran Madre Fálica, la diosa tutelar
de los travestistas.

Enrique Giordano, *Mapa de Amsterdam*. Santiago: Ediciones del Maitén, 1985.

II Entre mapas
(Fragmento)

“Esta tarde llueve como nunca;
y no tengo ganas de vivir corazón”.
(*Los heraldos negros*, Cesar Vallejo)

¿Qué viejo inmundo asqueroso hijo de puta
estará besando tu boca?

¿Qué harás con los quinientos pesos que te pagó?

¿Cuánto tiempo llevas esperando
el bus que te conduce a tu cuarto oscuro?

Porque ya estarás empezando a pensar

en el día de mañana
en la sonrisa que se deforma
en los dientes que se caen
implacables
en el vientre que crece
inevitable
en los sueños que se arrugan para siempre

Ya habrán enterrado tu boca en una sábana sucia

Porque a nuestra edad,
querido Patricio,
lo tendrás que ir aceptando todo
como el vino agrio en tu vaso sucio

Va llegando la oscuridad
Los buses se demoran
Pasada la Medianoche
Uno tiene que esperar
Y a nuestras horas ya no pasan

Te imagino frente a los canales grises de Santiago
viendo como se va el agua
así

tan sin gracia
-arrastrando pulmones y ojos reventados-

¿Desde qué puente...
desde qué cuarto anónimo
de la Avenida Matta
o la calle Franklin?

Se alargan las heridas

tentáculos de luz

hendiendo sus cuchillas
en el iris brillante

Explotan bastoncillos impregnando paredes
de colores

MAGENTAS

DORADOS

AMARILLOS

AZULES

CADMIOS

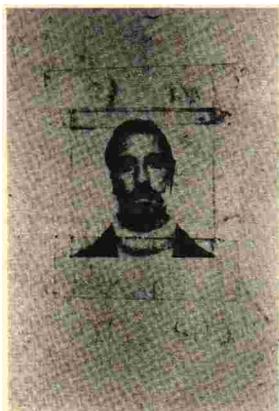
PURPURAS

Diego Maquieira, *La Tirana*. Santiago: Ediciones Tempus Tacendi, 1983.

La Tirana I

(Me sacaron por la cara)

Yo, La Tirana, rica y famosa
la Greta Garbo del cine chileno
pero muy culta y calentona, que comienzo
a decaer, que se me va la cabeza
cada vez que me pongo a hablar
y hacer recuerdos de mis polvos con Velázquez.
Ya no lo hago tan bien como lo hacía antes
Antes, todas las noches y a todo trapo
Ahora no.
Ahora suelo a veces entrar a una Iglesia
cuando no hay nadie
porque me gusta la luz que dan ciertas velas
la luz que le dan a mis pechugas
cuando estoy rezando.
Y es verdad, mi vida es terrible
Mi vida es una inmoralidad
Y si bien vengo de una familia muy conocida
Y si es cierto que me sacaron por la cara
y que los que están afuera me destrozarán
Aún soy la vieja que se los tiró a todos
Aún soy de una ordinariez feroz



Mi llamo Raquel
estoy en el oficio
desde hace varios
años. Me encuentro
en la mitad de
mi vida. Puedo
decir que...

EGO SUM QUI SUM

ANA MARIA ALEXANDER
PSICOLOGA
LA GRUTA DE
LOURDES

Qto.

Te ~~informo~~ ^{informo} una impresión sobre el
paciente ~~Dulce Beatriz~~ ^{Dulce Beatriz} dado el mal es-
tado en que se encuentra. Los resulta-
dos especiales ^{de la} Rorschach coinciden
plenamente con tu diagnóstico observán-
dose numerosos elementos positivos de
psicosis de tipo epiléptico. El caso
es muy interesante y me gustaría
saber si hay o no corroboración con
el EEG y si existe foco.

El informe detallado lo tendré
el lunes próximo.

Atte,

Ana María Alexander

4/5/74-

E AMO TE AMO INFINITAMENTE T

Sergio Parra, *La manoseada*. Santiago: Ed. Génesis, 1987.

Soy la más Femenina DeChile
(LA QUE DUERME CON CAMISON DE DORMIR BLANCO
EN LOS BASURALES DEL HOMBRE)

YO la cimarrera
 la pierna gorda
 que a mis compañeros calentaba
 la del pelo revuelto
 la cara picarona
 que tenía de cabeza al profesor de castellano
 la misma que escribió poemas ardientes
 al mateo del curso
 El mismo que veo pasar
 todos los domingos con sus hijos al parque
 Mientras yo me acuesto traspasada
 hasta por la noche

Aquí vuelvo más manoseada

para barrerte la pieza
espantarte las moscas de la cara

para que luego me insultes
me patees hasta sacarme
sangre de narices
para darte la comida
compartir el litro de vino

para que luego me digas
amorcito lindo
cosita rica

sacándome la lágrima
de este vuelo
y volver a la calle
silbando una canción de
Julio Iglesias

-Lánzame el florero
lánzame los platos
lánzame mi vida por la cara
(Desgraciado)
Grítame las borracheras
auspiciadas por mí
para que no me pegues con
la tranca de la puerta

Grítame mi trabajo
de masajista
mis noches lánzame
la madre por la cara
la cama para verte
UNA SOLA VEZ EN PIE-

Historia

Corría
Corría

Mientras medio pueblo en la calle
rodeando la plaza me gritaba
La nueva Mistral
La nueva Mistral
El alcalde me entregaba diplomas
un paquete de libros
una viejita me besó las mejillas

MEDIO PUEBLO EN LA CALLE

hasta que
el hijo de Juan el farmacéutico
me llevó
al cerro de las tres cruces
para hacerme el amor

DESDE ENTONCES MEDIO PUEBLO
ME GRITO LA MANOSEADA DEL CERRO
LA POETISA EN CUATRO PATAS
LA REVOLCADA

Francisco Casas. *Sodoma mía.* Santiago: Ed. Cuarto Propio, 1991.

Una línea para la convicta

Yo la vi / la vi el día de la procesión
las vi a todas / unté sus rosarios
y seguí la caravana de salves / avancé
detrás del macho oliente a las posaderas
del beato / Yo ví las liberadoras de
manos juntas con sus velos negros y
atardeceres en la cintura
Carmen / estoy engordando
ayuno ayuno yo uno
dice la voz del Sumo Sacerdote
mientras guarda el cáliz en el
tabernáculo

Se te ocurrió también lavar las calles de San camilo /
extender banderas en sus veredas / regalarlas en sus
cloacas con revistas pornos / se te pasó candidatearlas
para ministros y ostentar una campaña de condones
rosa/ nombrarlas alcaldesas del New York /
restituirles las pantys o ponerlas a empollar antídotos/
beatificarlas en una procesión a la mano con la
Virgen del Carmen / tomando codo a codo en El Ximena
toda la noche / bailando con los patrones sin cruces
ni sotanas?

Malú Urriola. *Hija de perra*. Santiago: Ed. Cuarto Propio, 1998.
(Fragmento)

tengo suficiente, buscándome ya pierdo demasiado tiempo, tratando de dejar de fumar pierdo un tiempo increíble, leyendo se me va la vida.

cuando estás me faltas como si me faltara un brazo, daría un brazo por no sentir esta falta... daría un brazo, pero no el brazo con el que escribo. El brazo con el que escribo no se lo doy a nadie, si me deshiciera de este brazo moriría atragantada. Este brazo es el que aprieta mi vientre, el que hunde su mano en mi garganta para que las palabras salgan, porque mi brazo sabe que las palabras son como trozos de carne que me atorán, si no tuviera este brazo tampoco podría hablar, porque este brazo es mi lengua, con este brazo puedo decir lo que la lengua calla, podría cortarme la lengua pero no el brazo, por eso no siento ningún miedo cuando tengo la lengua dentro de tu boca, porque aunque la arrancarás me quedaría este brazo. Con este brazo me sostengo, con este brazo lucho cada día. Cuando me pierdo es este brazo quien me encuentra, cuando me desespero es este brazo quien me calma, este brazo es mi memoria, este brazo es quien me saca a flote, quien jala de mí, quien me aturde para arrastrarme hasta la orilla, este brazo se compadece de mí más que nadie, me saca el agua que he tragado, me golpea el corazón para que ande, si no fuera por este brazo, no sé que sería de mí, por eso sigo a mi brazo, porque este brazo es capaz de encontrar lo que yo no hallo, por eso es él quien escribe, porque si escribiera yo, no encontraría las palabras necesarias, en cambio mi brazo es exacto, porque mi brazo sabe que si no soy capaz de resistir, que si me agoto de ver todo el tiempo lo mismo, que si me canso de escuchar las mismas palabras idiotas, que si me hartó de ver a la misma gente como en un cinematógrafo de barrio, que si me aburre ver con mis ojos sus ojos pajes desesperados de fama, de una fama gris de estrellas de cinematógrafo de barrio, porque mis ojos se cansan de ver tanto, todo igual, repetido, mis ojos se hartan tanto que se harían sal si vieran que algo nuevo pasara, porque esta ciudad se detuvo antes que llegáramos yo y mi brazo, esta ciudad sombría ya no se desempeña, esta ciudad es inalterable, esta ciudad quisiese ser rubia, esta ciudad quisiese beber whisky cuando se muere de hambre y si este brazo no fuera fuerte nos habría arrancado medio pedazo, pero a mi brazo nada de esto lo derrumba porque mi brazo es ciego, mi brazo es sordo, mi brazo sólo escucha la sangre de él. Sabe que cuando no dé más deberá tomar la empuñadura y rajar la muñeca de mi otro brazo, sabe que aunque son pares sólo él puede hacerlo, sabe que él será el último en abandonar, lo sabe, como sabe también que será capaz de dejar de escribir porque escribir me daña a veces, mi brazo sabe que escribir daña porque es el quien escribe, cuando mi brazo escribe sabe que está doliendo, quemando, sabe que me revuelvo toda, por eso mi brazo dejaría cualquier cosa para calmarme. Es este brazo quien te olvida, no yo, porque mi brazo sabe que estando juntos somos capaces de resistir tu falta, que podemos trazar tu recuerdo, en cambio si me faltara este brazo yo me quedaría muda,

Jaime Luis Huenún, *Ceremonias*. Santiago: Ed. Universidad de Santiago, 1996.

Ceremonia del Amor

Los árboles anoche amáronse indios: mañío e ulmo, pellín
e hualle, tineo e lingue nudo a nudo amáronse
amantísimos, peumos
bronceáronse cortezas, coigües mucho
besáronse raíces e barbas e renuevos, hasta el amor despertar
de las aves ya arrulladas
por las plumas de sus propios
mismos amores trinantes

Mesmamente los mugrones huincas
entierráronse amantes, e las aguas
cholas abrieron sus vertientes alumbrando, a sorbos
nombrándose, a solas e diciéndose: aguas buenas, aguas
lindas, ay pero violadas somos aguas Rahue,
plorosas Pilmaiquén, floridas e parteras e aún felices
los arroyos que atraviesan como liebres
los montes e los cerros.

E torcazos el mismo amor pronto ayuntáronse
los Inallao manantiales
verdes, las Huaiquipán bravías
mieles, los Llanquilef veloces
ojos, las Relequeo pechos
zorzales, las Huilitraro quillay
pelos tordos, los Paillamanque
raulés nuevos.

Huilliche amor, anoche amaron más
a plena chola arboladura, a granado
cielo indio perpetuo
amáronse, amontañados
como aguas potras e como anchimallén encendidos, al alba
aloroso amáronse,
endulzándose el germen lo mismo
que vasijas repletas de muday.

Ceremonia de la muerte

Uno
(Forrahue)

“...alzaban sus manos
ensangrentadas al cielo...”
(Diario *El Progreso* de Osorno,
21 de octubre de 1912)

No hablábamos chileno, mi paisano,
castellano que lo dicen.
Copihue sí, blanco y rojo,
flor de michay,

chilco nuevo.

No sabíamos de Virgen ni de Cristo, padrecito,
ni del Dios en las Alturas.

Jugábamos tirándonos estiércol de caballo en los
potreros;

robábamos panales a los ulmos y a los moscos,

y pinatras a los hualles de la pampa;

mirábamos desnudas bañarse a las hermanas
con manojos de quillay en el arroyo.

Malo era.

Sí.

Por eso vino envidia y litigio y carabina;

por eso se volvieron lobos los venados y los peces.

Malo era, paisanito, malo era.

Comíamos caliente el crudo corazón de un cordero
en el lepún;

rezábamos huilliche al ramo de laurel

junto a la machi;

matábamos con fuego al que mete huecuve

contra el cuerpo y contra el alma.

¡Brujo diablo, anda vete! decíamos escupiando,

y el bosque más espeso

escondía a la lechuza

Malo era, malo era.

No sabía vivir el natural antes amigo, no
sabía.

Las mujeres se preñaban en lo oscuro y en lo claro,

y los hijos se criaban a la buena

de los bosques y los ríos.

Así era, mamita, así fue:

las estrellas dejaron de alumbrarnos

la sangre de repente,

y tuvimos que ocultarnos como zorros

en montañas y barrancos.

Narrativa

Augusto D'Halmar, *La pasión y muerte del cura Deusto*. Santiago:
Ed. Nascimento, 1938.

(Fragmento)

¿Dice usted que el cuadrito representaba la Torre del Oro, y que usted no tenía doce años, y se recuerda de haberlo visto en su casa? Pues eso es. Fue una serie de estudios que hice para mi gran máquina de la Exposición Internacional de 1900, cuando frisaba, por mi parte, en los veintiocho. Con que ya ve usted, cura Deusto, que la diferencia de edad que va de mí a usted es, más o menos, la que hay entre usted y este chiquillo. Y es que, sin figurármelo, yo voy siendo un viejo.

Colocado a contraluz, Sem Rubí llenaba el lienzo a grandes brochazos. Tenía puesta una curiosa blusa de taller engolillada que, pudiendo chaparle a la antigua, le hacía semejar a un cóndor con su gorguera. Sobre una tarima, Pedro Miguel, vestido con su

túnica, parecía más que nunca un Niño Jesús sobre su peana. Iñigo Deusto, recogido en la penumbra de una especie de camarín, entre colgaduras y trofeos árabes, se calentaba delante de un monumental brasero, oyendo muy próximo el ruido de élitros que subía de la Academia.

(...)

—Ante todo, usted no conoce al poeta y no puede saber que con diez, ¡qué digo!, con doce lustros largos encima, ni usted ni nadie le creería siquiera cuadragenario. Es sin edad, más bien dicho, como una especie de Dorian Gray y como el héroe de Wilde, presume de dandysmo y de snobismo. No se concibe que ese hombre, tan atildado y morboso en su vida, sea en su obra el simple y fuerte autor de *La Sangre y el Oro*.

—¿Qué hay, pues, de tan complejo en su vida?

—¡Le parece a usted poco! (y no hablo con la lengua viperina que se me atribuye, sino por boca de todo el mundo). *Esa trinidad*, en que *El*, *Ella* y otra vez *El*, son como quien dice, tres sexos distintos y un solo amante no más. Tienen un niño, una niña, creo. Y ninguno sería capaz de discernir su verdadera paternidad y, por poco, su maternidad. En fin, que el gran poeta se ha perpetuado en su obra y en la de aquella ambigua pareja.

El cura Deusto había ido pasando por todos los colores.

—Por favor —suplicó en voz baja— usted que, en el fondo es tan bueno, tampoco entiendo se complazca en remover cosas que yo, habituado al tercer sacramento, ni consigo concebir ni sabría calificar. Si Mónica hubiese oído, y dado caso que comprendiera, usted se la perdía para siempre.

Sem, que le había mirado todo el tiempo bien de frente, bajó lo ojos como arrepentido. En cuanto a Pedro Miguel, una quemante curiosidad le había empurpurado las mejillas, y si continuaba dibujando, por adoptar un continente, el portalápiz temblaba entre sus dedos.

—Será preciso que te haga mi discípulo —Masculló Sem Rubí, sacando bocanadas de humo de humo de su pipa— porque tus trazos son demasiado inciertos.

Una atmósfera de malestar había quedado suspensa sobre la sala. El pintor fue el primero en sacudirla, volviendo a detenerse frente al ajedrez y mudando de sitio los peones; en una partida maquina y enigmática.

—¿Y usted cree que yo puedo permitir que este niño se acerque siquiera a semejantes personas? —resolvió, como sacando consecuencias el cura.

—En mi taller, ¿por qué no? Vamos, no se haga usted también el mojigato. ¿Sabe qué tipos no habrá frecuentado ya nuestro Niño Jesús, en sus cortos, pero seguramente fértiles años de vagancia, entre la gitanería de Triana, y aquí mismo, en Sevilla y en el propio Palacio Episcopal? Seguramente más que usted en todos sus enclaustramientos andoainos.

—Lo cual no quita que sea un niño.

—... con quince años andaluces. Un hombre debe alternar desde su primera edad entre toda clase de peste, ya que el peligro no está en los demás sino en sí mismo.

—Creo, por el contrario, que se debe madurar en el árbol y en sazón, porque aquél que llaman fruto temprano, o se pasma o guarda deajo de ceniza.

—Y, sin embargo, ¿cómo se explica usted, mosén Deusto, que salgan menos perdularios, menos hipócritas sobre todo, de entre los artistas que entre los hijos de familia? Vaya, no me haga apesarmarme de una indiscreción que, en suma, no ha sido sino ligereza de mi parte.

Había tomado el chambergo, que se olvidaba siempre hasta traer consigo a la sala. El vasco se lo quitó de las manos.

—Las paces, pero a condición, ¿eh?, y no porque yo no sea laico, sino porque, precisamente por no serlo, me aturden las cosas que menos debían. Si el mundo es así, déjeme usted ceer que, bajo esta lámpara de allá, se está a salvo de sus asechanzas. Ya lo he dicho otras veces: Sevilla concluye bajo mis ventanas.

Marta Brunet, *Amasijo*. Santiago: Zig-Zag, 1961.
(Fragmento)

Porque de todas sus lesiones, una a la columna vertebral, luego de yesos, intervenciones, aparatos ortopédicos, sistemas y medicamentos, seguía doliendo. Unicamente acostada de espaldas se sentía cómoda. Ahora quería atender a su niño y se obligaba a levantarse, a inclinarse sobre la cuna, a pretender alzarlo. Empalidecía y entre gemido abandonaba sus propósitos y regresaba a la cama o al diván, desesperada, llorosa, pidiendo un calmante, pidiendo la presencia del médico, de otro médico, que todos eran unos bodoques incapaces de mejorarla a ella, que necesitaba estar sana para atender a su niño.

Pero en algo triunfaba: en la posibilidad de amamantar a la criatura con la abundante leche de sus pequeños senos henchidos, tensos, adoloridos, con el pezón aureolado de obscuro. Era su momento glorioso aquel en que Benedicta o la *nurse* le presentaba al hijo, lo tendía a su lado y la boquita ávida empezaba a succionar, enterrada la naricilla en el seno, tironeándolo a veces impacientemente cuando la leche mermaba, y era el momento de pasarlo al otro lado, donde terminaba el hartazgo y se adormecía, se dormía al fin apegado a esa tibieza, mientras la madre, en una suerte de trance de gozo, lentamente le acariciaba la pelusa que crecía ensortijada, besaba la piel que de rojiza y rugosa iba haciéndose morena, ajustada a una textura sin grasas, firme y saludable.

—Ricitos de oro, mi amorcito —murmuraba—. Mi July... Mi tesoro mío...

(...)

La madre sorbía lágrimas, pedía excusas al señor cura, se dirigía al niño en el habitual rosario de reconvenciones mezclas de ayes. Al niño endurecido y silencioso como siempre.

El señor cura vio y oyó personalmente lo que ya sabía por comentarios de feligreses.

—Niño —intervino de pronto con su baja y clara voz autoritaria—, vaya a jugar al parque. Su madre y yo tenemos que hablar...

Lo miró el niño sorprendido. Y mansamente salió a la terraza y se perdió en las curvas de las avenidas.

—Usted puede quedarse, señora Benedicta— y empezó a hablar sin apuro con ese tono en que las palabras adquirían su significado exacto y, a la par que convencían, ordenaban.

Decía que el niño necesitaba otros niños de su edad por compañeros. Que no era posible dejarlo como un animalillo encerrado entre adultos. Tenía la madre que escuchar razones y mandarlo a un colegio. El niño, por su posición, estaba llamado a actuar en un círculo en que le era necesaria una carrera, aunque no tuviera fortuna, por el hecho de ser una criatura humana debía prepararse para ser un factor eficiente a la comunidad. Este niño que a los cinco años apenas deletreaba y lo que era gravísimo: estaba al margen de toda formación religiosa. ¿Es que no pensaba en que el niño tenía que hacer a breve plazo la primera comunión?

—No, no —protestaba la madre—. No puedo separarme de él... ¿Qué va a ser de mi vida? No puedo..., no puedo... Será mi muerte... Sabe leer, yo le enseñé. No soy tan rústica, me eduqué en las monjitas en el pueblo... No seré una profesora, pero puedo enseñarle, le he enseñado. Aprende todo, se lo aseguro... Y sabe rezar y es bueno, un santito... Que se nos arranque, que le guste estar solo y corretear por la casa y el parque, no quiere decir que sea malo. ¡Se lo juro! Es bueno, no tendría el niñito pecado de que confesarse.

—No es eso, señora. Tiene que aceptar la responsabilidad de hacer de su hijo un hombre. Por lo mismo que usted no tiene un marido ni un padre que le hable con claridad, debe aceptar mi consejo, que es sencillamente el de la razón. Al niño hay que darle lo que necesita: compañía de niños, educación, instrucción, formación moral. Usted no querrá tener por hijo a un salvaje...

—No quiero separarme de él..., no quiero... En los colegios le enseñan porquerías los otros niños... Y es una criatura como un ángel. No sabe ni una sola mala palabra... Es como una niñita, como una princesita... Se lo juro... Es un tesoro...

—Pero hay que educarlo, mandarlo a un colegio. Ese es su deber: educarlo. Y desprenderse de su egoísmo.

Reaccionó furiosa:

En mi casa mando yo. Y nadie tiene derecho para venir a insultarme.

Ni pestañeó. La siguió mirando fijamente con las oscuras pupilas como hipnotizándola. Las manos se alzaron con las palmas abiertas hacia la madre.

—Hay que mandarlo al colegio —repitió.

Ella bajó la cabeza, la posó de perfil en la almohada y cerro los párpados. Por el momento estaba vencida.

—¿Quién es el tutor del niño?

Contestó Benedicta:

—Un primo del finado, don Arsenio García, el presidente de la firma. Usted sabe: la ferretería Casa García Ltda.

Benedicta y el señor cura fueron a entrevistarse con don Arsenio, que se restregaba las manos y excusaba su no intervención diciendo:

—¿Y qué podía yo hacer frente a una enferma? ... ¿Y que podía yo hacer?... Ante su reiterada negativa para recibimos, a mí y a todos los parientes de su marido, mujeres y hombres, no hubo otro

temperamento a tomar que dejar de insistir y no verla más... ¡Pobrecilla!

–Nadie le reprocha nada –contesté firmemente el señor cura–. Pero es necesario ahora mandar al niño a un colegio.

–Sí, hay que hacerlo... Mandar al niño al colegio..., claro. Diga usted, señor cura... ¿Qué colegio le parece bien? Usted dirá...

Y se mandó al niño al colegio.

Tres aliados –apoyando al señor cura, don Arsenio ahora fijaba normas– para permitir que medrara su personalidad y conociera lo que estaba más allá de las rejas de la casa y asimilara conocimientos y viviera como otros niños, en la misma pauta religiosa y educativa que ellos.

Pero no un niño como la mayoría. Un niño en su provincia de soledad, cortés y silencioso, inteligente y soñador. Desarrollándose sin tropiezos en cuanto a lo físico: espigado y firme.

La madre entre tanto languidecía en sus almohadas rosas, sumida en una hosca reprobación, vuelta a esa existencia vegetativa anterior al nacimiento del hijo.

Gómez Morel, *El río*. (1962) Santiago: Editorial Sudamericana 1997. (Fragmento)

El cauce

El río tiene su antesala: el cauce

Allí viven los niños que por cualquier razón abandonan su hogar y al ir al río se asustan tanto que éste los rechaza. Sólo robando podrían quedarse en él, pero esto los atemoriza. Ningún río que se respete da albergue a chicos honrados.

Sólo un cauce podría ser la antesala de un río. Los niños que ahí viven son raptados por los pelusas. Participé en varios raptos en primavera el sexo despierta. Un pelusa con hambre sexual se convierte en un monstruo. Nos juntábamos al amanecer, elegíamos un jefe de expedición y nos íbamos a la cloaca “en busca de carne”.

En el Santiago de aquella época –y aún ahora– había varios cauces, a los que se bajaba por una, chimeneas naturales. Al cauce nadie se atreve a entrar si no se lo conoce bien, ni siquiera la policía. Pero no hay pelusa que desconozca los vericuetos de una alcantarilla. Es su refugio en caso de persecución policial. Nos hallábamos en nuestro terreno.

Avanzábamos por la cloaca hasta encontrar a los niños que no se habían atrevido a robar. Llevábamos armas porque sabíamos del miedo que inspira un puñal.

Los encontrábamos acurrucados y les ordenábamos que se levantarán. Entumecidos, los chicos, abandonaban sus jergones y algunos trataban de congraciarse con el jefe de los invasores. Reían con tal estupidez y tanto temblaban que a veces los compadecíamos poniendo mucho desprecio en el sentimiento. Pero poco duraba

nuestra compasión: el delincuente no tiene derecho a sentir piedad.

Continuaba la "inspección". El jefe tocaba nalgas y miraba piernas hasta que se formaba un criterio sobre la mercadería. Se hacía la selección: los buenos a la izquierda, los malos a la derecha. Se invertían ciertos órdenes religiosos. Separados, el jefe invasor daba la orden prevenida. Aullando, como horda primitiva, nos lanzábamos sobre ellos. Con el plano de nuestros puñales les pegábamos en la frente hasta hacerlos arrodillarse. A otra señal nos hacíamos los descuidados y los chicos huían: justamente lo que queríamos lograr.

Se iban cauce adentro, pero todos volvían. Mientras más se penetra en una cloaca más aterradora es la impresión: pozos traidores que se forman al romperse las baldosas centenarias, ratones enormes, laberintos por los que uno gira y gira, corre y corre y siempre vuelve al mismo punto de partida, oscuridad rota apenas por una semiclaridad de sepulcro, el eco estruendoso de los propios pasos, un huracán que se escucha cerca y que sólo es el sonido de la propia respiración, el vahído que producen las miasmas al exhalar gases amoniacales, túmulos de excrementos que se acercan al que huye como queriéndolo encerrar, lenta y mortalmente; goteras acompasadas y perforantes, estruendo lejano de los vehículos que pasan por allá arriba, concavidades siniestras, gatos huraños y salvajes que jamás han salido de la cloaca y que al ver a un ser humano maúllan como hienas... y el corredor a lo lejos, inalcanzable, interminable...

Cuando regresaban, los "ablandábamos" a trompadas y punta-piés, y luego los hacíamos formar en fila ordenándoles que buscaran la salida. Temblando llegaban a la calle. Subían por la chimenea de tierra y trataban de huir nuevamente. Los dejábamos correr. Conocíamos las calles mejor que ellos, y es difícil huir de un pelusa. Al verse capturados otra vez se desmoronaban.

El "tratamiento" había concluido

José Donoso, *El obscuro pájaro de la noche*. (1970). Plaza y Janés, 1994 (Fragmento)

Yo soy el padre del hijo de la Iris.

No hay milagro. Tengo algo que don Jerónimo, con todo su poder, jamás ha logrado tener: esta capacidad simple, animal de engendrar un hijo.

Yo espiaba la venida de Romualdo. Me las arreglaba para que la Iris pudiera salir, salía yo al poco rato, cambiaba mi cabeza por la cabeza del Gigante y hacíamos nanay. Romualdo había comenzado a comprarse un reloj-pulsera a plazos, pagándolo con el dinero que yo le daba a cambio de prestarme la cabeza del Gigante. Después que la María Benítez examinó a la Iris y dijo que sí, que claro que estaba esperando, no digo yo si estas chiquillas de ahora quedan preñadas con oler un par de pantalones, esa misma tarde

le dije a Romualdo que no volvería a necesitar la cabeza del Gigante.

—¿Y mi reloj?

Me encogí de hombros.

—¿Cómo voy a terminar de pagarlo?

No le contesté. Quería que él mismo encontrara la solución para que no me pudiera culpar de nada.

—Voy a tener que arrendarle la cabeza a otros cabros.

Exacto. Justo. Bravo, Romualdo, eres el intermediario perfecto. La Iris ya tenía a mi hijo adentro. Era necesario demoler el resto inútil de su persona que rodeaba ese útero ocupado por mi hijo. Miré a Romualdo. ¿No había llegado demasiado sin titubear a la solución precisa? Le propuse que usara él mismo la cabeza del Gigante para hacer el amor con la Gina.

—Yo no necesito ninguna máscara para culiarme a esa cabra medio tocada.

Le pregunté si ya lo había hecho.

—No.

No le creí. Necesitaba tener la certeza absoluta de que el hijo de la Iris era mío. Le propuse una apuesta. Si lograba seducir a la Gina sin la cabeza del Gigante yo le daría el dinero para que pagara todo lo que le faltaba de su reloj.

—Hecho.

Lo vi todo desde la ventanilla de atrás del Ford.

Cuando Romualdo comenzó a sacarse la cabeza, la Iris aulló chonchón, chonchón, que no vaya a volar, brujo, malo... y la cabeza cayó al suelo. Romualdo trató de atracar a Iris contra la maleta del Ford pero ella le rasguñó la cara, gritando y llorando y cruzándose de piernas y mordiendo las manos de Romualdo que querían agarrarle los pechos, Romualdo enardecido y furioso con la sangre y la pelea. Yo me puse la cabeza mientras peleaban. Me puse mi vestidura de percala para acudir a salvarla de las manos del perverso, llevándomela abrazada por la calle, consolándola, sí, es malo ese hombre, es pecado meterse con uno que no sea el Gigante, yo soy el único bueno, Gina, toma los volantes para que los vayas repartiendo, toma, te traje estas revistas de regalo, mira, quieres que te lea esta novela tan linda que sale aquí en *Cariño*, toma una cinta de terciopelo celeste para el pelo y un par de medias, una cocacola, un helado de tres colores.

Romualdo me dijo que muy bien, que le había ganado la apuesta. Me confesó que ahora ya no estaba tan inquieto por lo de su reloj porque tenía dos clientes para la cabeza, dos cabros que le iban a dar no mil quinientos, claro, pero sí mil... quién sabe para qué quería la cabeza del Gigante, él no iba a estar metiéndose en los gustos de los demás.

Como yo la dejaba salir con mucha frecuencia, la Iris pronto se hizo una clientela estupenda en el barrio. Yo me escondía adentro del Ford para verla hacer el amor conmigo, chillando de placer, revolviendo los ojos, riéndose, acariciándome la mejilla, revolcándose en mi mirada. La reputación de la Iris no tardó en extenderse por toda la ciudad. Acudían de barrios lejanos para hacer el amor con ella. Al principio llegaban artesanos y colegiales, después pijes en autos. Más tarde, vi a caballeros en coches manejados por choferes de uniforme, diplomáticos de chaquet,

generales con charreteras brillantes, académicos de la lengua con el pecho cubierto de condecoraciones y entorchados, canónigos panzudos y calvos como bolas de grasa sobada, terratenientes, abogados, senadores que peroraban sobre la lamentable situación del país mientras hacían el amor, artistas de cine maquillados como putas, comentaristas de radio que sabían la verdad absoluta. Trocaban sus lujos por mis galas, sus rostros por el mío que los revitalizaba, para refregarse con la Iris y hundir sus manos en esa blanda carne enamorada de mí, que yo veía ceder a mis presiones y caricias desde la ventanilla de atrás del Ford. Una vez, vi bajar de su Mercedes Benz a don Jerónimo de Azcoitia, hablar con Romualdo, pagarle y ponerse mi cabeza. No tuve miedo: el útero de la Iris ya pertenecía a mi hijo. Al contrario, le tuve compasión, porque desde que lo dejé hace tantos años, lo intenta todo, cualquier cosa, hasta las más estafalarias, para recuperar su potencia que yo conservo guardada en mis ojos. Ya no es tan joven. Sus secuaces le buscan oportunidades y experiencias aberrantes a las que se somete desesperado. Pero es inútil. Usted sabe que es inútil, don Jerónimo, hasta que yo se lo permita, y el pobre permanece encerrado dentro de sí mismo sin posibilidad de conectarse, el sexo flácido como una manga sin brazo.

Al verlo y no sentir miedo, supe inmediatamente que tenía que correr un riesgo que valía la pena: autorizarlo para que, disfrazándose de mí, hiciera el amor con la Iris Mateluna. Bastaba que yo lo mirara mientras hacía el amor, que me colocara por unos instantes en mi viejo papel de testigo de su dicha y de sus triunfos.

Mi cabeza se lo tragó. Y cuando llegó la Iris, arrimándola al muro, se revolcaron juntos, pero nada, qué te pasa, mi lindo, que ya no me quieres que no se te para, quieres a otra, no, no, espera, estoy cansado, espera un poco, a través de la percala del traje que le quedaba estrechísimo llegó hasta mí la angustia de su urgencia, su desesperación implorando mi ayuda, invocando mi nombre, codiciando mi mirada. Cuando sentí que su angustia iba a estallar, me asomé por la ventanilla del Ford para que me pudiera ver a mí, a Humberto Peñaloza, al que lo acompañaba a las casas de prostitución cuando Inés estaba embarazada y él temía tocarla para que nada estropeará la perfección del niño que iba a nacer, vamos, Humberto, acompáñame, y me tenía ahí, mirándolo gozar con cualquier puta, diciéndome mira qué macho soy, Humberto, mira cómo la hago gozar, apuesto que tú no podrías hacer gozar como la hago gozar yo con mi potencia descomunal y la fuerza de mis brazos y la pericia de mis piernas y mis manos y mi lengua y mis labios, mira, Humberto, mírala, oye cómo chilla, te das cuenta que eres un pobre tipo porque no puedes despertar el ardor que yo sé despertar, el dolor te azota y te hiere, deja que la nostalgia quiebre todo lo que permanecía en pie en ti, siente tristeza porque eres incapaz de lo que yo soy capaz... de lo que era capaz don Jerónimo. Ya no. Hoy sí, porque yo le permito que vea mi rostro encuadrado en la ventanilla del auto, y el dolor de mis ojos mirándolo, el dolor que sigue habitando mis pupilas: por eso pudo hacer aullar de placer a la Iris Mateluna

(...)

Dicen... dicen... dicen: palabra omnipotente en las bocas raídas de las viejas, sílabas que almacenan todo el saber de las

miserables... dicen... dicen que la Brígida era millonaria, dicen que la seda fina se plancha con la plancha tibia y rociando un poquito... dicen que no van a demoler nunca esta Casa... dicen que metiendo una pajita en una botella el agua hirviendo no se quiebra el vidrio... dicen... dicen, siguiendo los meandros de los años y quizá los siglos la repetición de la palabra dicen, quién sabe quién dice y a quién se lo dice y cuándo lo dice y cómo lo dice, pero de decirlo sí lo dicen, y ellas repiten la seguridad de la palabra dicen que cuando un hombre se mete con una mujer embarazada el hijo nace monstruo. En la penumbra del sótano ocupada por viejas como montones de harapos que se agitan un poco, la María Benítez revuelve el contenido de la olla sobre las brasas incandescentes y el vapor fragante de esta infusión de paico que dicen que es tan buena para el estómago va concentrándose para dar forma a la verdad irrefutable del hijo monstruoso de don Jerónimo y la Iris que alguien engendró en alguien cuando por fin Inés quedó embarazada, no quiero tocarla porque temo estropear a mi hijo que tiene que ser perfecto y dicen que si uno hace el amor con... que está definiendo a este hijo suyo estropeado por todos los chiquillos del barrio, por todos los pijes del centro revolcándose con la Iris, por todos los generales y los académicos disimulados dentro de la cabeza del Gigante, sí, don Jerónimo, su hijo va a ser un monstruo sensancional, digno de un Azcoitia, yo, un Peñaloza, no podría engendrar la magnificencia de un hijo monstruo, sólo una guagua fea, débil, desnutrida, de las que lloran por hambre y no porque sueñan la realidad irrefutable de pesadillas estupendas como las que va a soñar el monstruo producido por el útero fértil de la Iris Mateluna, sigue María, tú eres meica y sabes lo que dicen, sigue revolviendo esa olla de donde brota el vapor que dibuja esa cara deforme, ese cuerpo contrahecho que arrancará a don Jerónimo de la placidez del sillón del Club donde lee el diario y dormita olvidando toda empresa noble, abandonando la tarea del poder, todo intento arduo como los de antaño porque prefiere cultivar su flácida papada con la que traiciona el dolor de mi padre que es digno de respeto, no tiene derecho a defraudarlo, don Jerónimo, para la nada y la cosa ninguna como diría la María Benítez que sigue revolviendo la olla que convoca al monstruo salvador, y tú, Amalia, asegura que también has oído decir lo mismo, no la interrumpas, Dora, ni tú, Rita, asegurando que eso no tiene nada que ver con la Iris porque la pobre no se ha metido nunca con nadie, ni antes ni después, los hombres no existen, la Brígida inventó el embarazo milagroso, la Brígida concibió el hijo de la Iris, la Brígida es la madre del monstruo, la Brígida sabía todo. La María sigue revolviendo la olla sobre las brasas, ese Azcoitia torcido y estropeado me sonrío desde el vaho, quiero mecerlo en mis brazos mientras las viejas hablan y comentan y dicen y murmuran y escuchan a la María Benítez, que es meica, y dicen que sabe muchas cosas, no tanto como la Brígida, pero de saber, sabe harto la María Benítez:

—... se me ocurrió no más. No se ofenda, Rita... que esa noche que la encontramos, bueno que alguien hubiera entrado para abusar con la pobre inocente, hay hombres muy degenerados que dicen que buscan a niñas como la Iris para hacer cosas asquerosas con ellas y claro, entonces, con el susto, todos los humores del

cuerpo se envenenan... y si es como digo, si no se ha muerto el niño, seguro que saldrá monstruo

(...)

Cuando Jerónimo de Azcoitia entreabrió por fin las cortinas de la cuna para contemplar a su vástago tan esperado, quiso matarlo ahí mismo: ese repugnante cuerpo sarmentoso retorciéndose sobre su joroba, ese rostro abierto en un surco brutal donde labios, paladar y nariz desnudaban la obscenidad de huesos y tejidos en una incoherencia de rasgos rojizos... era la confusión, el desorden, una forma distinta pero peor de la muerte. Hasta entonces el copudo árbol genealógico de los Azcoitia, del que él era el último en llevar el apellido, había dado sólo intachables frutos de selección: políticos probos, obispos y arzobispos y una beata de piedad espectacular, plenipotenciarios en el extranjero, mujeres de belleza deslumbrante, militares generosos con su sangre y hasta un historiador de fama en todo el continente. Era lícito esperar que Jerónimo no fuera el último Azcoitia, que el lustre del apellido se prolongara en la semilla de hijos y nietos para que la stirpe continuara produciendo frutos cada vez más perfectos hasta el fin del tiempo.

Pero Jerónimo no mató a su hijo. El espanto de verse padre de esta versión del caos logró interponer unos segundos de sorpresa paralizadora entre su primer impulso y la acción, y Jerónimo de Azcoitia no mató. Eso hubiera sido ceder, incorporarse al caos, ser víctima de él. Y encerrado durante semanas en el cuarto del recién nacido, conviviendo con él y alimentándolo con sus manos, llegó a decidir por medio de sus conversaciones con su secretario y confidente, el único con acceso a su encierro, que muy bien: esta brutal significaba, entonces, que lo abandonaban las potencias tradicionales de las que él y sus antepasados recibieron tantas mercedes a cambio de cumplir con el deber de guardar. Su orden en las cosas de esta tierra. También se vio abandonado por las otras potencias, las más oscuras, a las que Inés enloquecida por el ansia de darle descendencia, logró convencerlo que acudieran. Ahora, tanto las potencias de la luz como las de la oscuridad eran igualmente sus enemigas. Quedó solo. Pero él no las necesita. Es fuerte y lo probará, probará que hay otra dimensión, otros cánones, otros modos de apreciar el bien y el mal, el placer y el dolor, lo feo y lo bello. El niño monstruoso que pataleaba llorando en su cuna porque tenía hambre era un engendro que le proporcionaría no sólo los medios para prevalecer, sino para probar que él, Jerónimo de Azcoitia, era el más grande y el más audaz de todos los Azcoitia de todos los tiempos, como no se cansaba de repetírselo su secretario.

Jerónimo no mató. Siguió viviendo casi –casi– como antes. Era uno de los hombres más envidiados del país. Envidiado porque después del luto por su mujer, muy pocas personas recordaban la existencia de Boy, su hijo que vivía en la Rinconada, un fundo remoto donde Jerónimo nunca iba, ocupándose, sin embargo, de rodearlo allí de todas las comodidades que un hijo suyo podía –y debía– necesitar. No es raro que el recuerdo de Boy se borrara de la memoria de la gente. El tiempo, claro, fue un factor importante, pero no el único ni el decisivo. La gente olvidó a Boy porque resultaba tanto más cómo hacerlo. Acordarse de él hubiera

sido reconocer que un hombre tan dotado de armonía como Jerónimo, que representaba con tanta altura lo mejor de todos ellos, puede contener la semilla de lo monstruosos y en entonces la convivencia amistosa con el senador resultaría no sólo inquietante sino terrible. Al fin y al cabo nadie salvo ese secretario había visto a Boy. ¿Quién tenía pruebas de su existencia? Era más fácil pensar en la incongruencia de que este paradigma de caballeros hubiera engendrado un hijo deforme, y de ahí pasar a decirse que Boy, con seguridad, constituía una de esas leyendas negras que por último es natural que la envidia haga surgir alrededor de los personajes ilustres.

Y la gente tal vez tuviera razón, puesto que Jerónimo mismo contribuyó con su silencio a borrar todas las sombras de lo que para él debe haber sido una tragedia. Sólo hurtándose a las conmiseraciones podía asumir la plenitud de su papel de terrateniente poderosos, de senador que defiende los derechos de su casta contra las pretensiones de los advenedizos, de figura que en los salones, en las carreras, en el foro, en el club, en la calle atraía las miradas. Algunas mujeres, bajo simulada pasión política, acudían al parlamento para oír hablar al viudo y deleitarse desde la galería con el espectáculo de su cuello clásico y de su estatura heroica: no eran secretos los nombres de las señoras que aspiraron a ocupar el vacío que creían advertir detrás de la suntuosa fachada de su porte y su palabra. Pero nadie, nunca, logró penetrar más allá de esa fachada. Sus enemigos lo tildaban de arrogante, hasta de vanidoso. Era, sin duda, muy consciente de su apostura, pero sólo como era consciente de todo refinamiento, en sí mismo y en los demás. Quizá no fuera más que cierto amaneramiento en el vestir lo que los molestaba, cierto rebuscamiento algo pretérito, recuerdo, sin duda, de su larga permanencia en Europa, donde, se rumoreaba, pasó una juventud libre y dispendiosa con los elegantes de entonces. El hecho es que la presencia de Jerónimo era una lección de armonía, incómoda porque era imposible emularla en estas latitudes bárbaras. Hasta en su último discurso en el senado antes de retirarse a sus tierras para encerrarse en su vida privada, adoptó al hablar sus habituales actitudes de estatua, un poco cansadas ya, es cierto, pero siempre viriles y convincentes.

Diamela Eltit, *Por la patria*. Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1986.

(Fragmento)

Después de la salida tranca la puerta. Coya se ha levantado con dificultad y está envuelta en la sábana. Se acerca y se acurruca como un pájaro encima. Él la toma del pelo y sus labios se juntan, se frotan, se lamen con la saliva y las manos corren sacando, echando fuera los trapos. Las vendas y los pellejos oscuros se trenzan cuando abre la mano las piernas:

—Ponte debajo mío. No, ponte encima, tírame de costado, aplástame, sácame sangre, al menos rebálsame hasta los intestinos.

—Cállate, le dice él, cierra la boca que te lo voy a hacer como yo quiera.

Juan suda y la tiene sobre la cama, mientras le afirma los brazos abiertos en cruz. Se deja caer lento y toca la frente, las cejas, y le cierra los ojos a legüetazos.

—Hazlo de una vez por todas. No te des tantas vueltas.

—Coya, cállate te digo.

—Mira lo que pasa Juan. La verdad es que no te pasa nada. Parece que voy a tener que enseñar a portarte.

Pone su boca sobre la de ella para silenciarla, pero sigue murmurando y revolcándose en movimientos continuos, mientras él intenta seguirla, atraparla, sacarle esa carga de encima.

—¿Qué es lo que estás esperando?

—Que me dejes ser el hombre a mí y no te muevas tanto.

Coya lo muerde, le clava los dientes en el hombro y él se libra de un tirón, donde se agita y se toca retorcida.

Baja las manos y se frota. Juan la mira y se va acercando, pegando su cara hasta los dedos de ella y su boca chupa, detiene las manos hasta que ella le deja la cara zarpada.

—No te metas en esto, me basto sola para mis gustos.

—No, no Coya, dame, déjame que te lo muestre, que te demuestre y te dé muestras de mi valía y corrupción.

Un hilo de saliva y sangre inicia su recorrido, porque la mejilla arañada, arada por las uñas se desliza sobre el pecho alzado de rasguñones, de m retones. La carne brilla, la pelambreira húmeda roza. Las piernas equidistan entre sí y los dedos de los pies se van separando y juntando, como las piernas que se unen contra la otra en un pliegue.

—Abre, dime por qué te cierras.

—Porque no tienes nada que poner. Mírate, le dice, que no hay nada que me sirva, que me hierva.

—Espérate y vas a ver: si te callas, si no me miras, si no te mueves, si te dejas, si me chupas, si no crees que soy él voy a crecer y enardecido nos vamos.

La da vueltas. Boca abajo su cara se entierra contra la almohada y él se le pone encima y le habla, le explica despacito cómo funcionan las cosas, cómo deben recibir cariño las coas.

—Mi muñeca, le dice, mi triunfo que te toco y de a poco vas a sentir cómo nos morimos cansados y olvida por qué se fue y no vuelve a este barrio y me dejó a ti como regalo y tu misma madre se dio el tiempo para explicarme lo que te gustaba, la extraña manera que tienes cuando pones la cara en la cama y el anca desatas al atado que te enseñaron las contorsiones.

Coya que se zafa y se ríe y lo indica con el dedo.

—No puedes. Con consejos tampoco vas a poder. Se me olvidaron las cosas que aprendí y lo último es bastarme sola, bastarda sola sin bardo. No digai más, que yo estaba mirando los ojos de la masacre y la pura pena me tiene contigo para sacarme el ansia de abajo, por abajo que sea, el lado tuyo que de tan tosco me sufro.

—Coya ¿me querís?

Ella lo mira y sabe que está listo para recomenzar en otra postura, en otro intento y que se le va a ir encima por la fuerza, porque ya se estaba hinchando, tragando aire para actuar.

Prolonga el tiempo.

—¿Qué me dijiste?

—Si es que me querís. Dime, dime sí, que un poco te pasa.

—Sí, le contesta. No, no puedo contigo que lo arreglaste todo para separarnos, trayendo esclavos, pagando por ellos, que sólo tú tienes la culpa de lo que pasó.

La mano de él le toma un pecho y empieza a apretar con todas sus fuerzas y con la otra, la curva del pelo y sus piernas ceden, se abren, se ofertan con la humedad, con el dolor que siente por la rodilla que se le mete entre las piernas abriendo el hueco, dejando espacio, yendo despacio hacia el fondo.

Juan no deja de apretarla. Le tira el pelo, el seno entero hasta que ella también gime, jadea, le grita al fin, el fin se apresta al filo de la entrada.

—Me duele, suelta.

—¿Qué es lo que te causa dolor? Dime si es arriba o abajo.

—Es abajo Juan, sácame esa cosa de encima.

—Ahora no, ahora no, ya vamos juntos. Vas a ver que nos vamos a ir juntos, piensa si quieres, si te ayuda, que soy esclavo y que en la oscuridad mis ojos zarcos te clavan. Que tu mamá, que tu papá, que cualquiera de ellos te montan. Cree inventa otra vez el cuento que corre sangre, que estoy en sangre contigo.

Coya afirma:

—Sí, sí, sigue, dime que te mueres, no, que te mueves y pónmelo encima sí, arrastra hasta afuera el peso muerto, el atado infinito de dinero que le birlaste a mi papá. Me duele, me quieres, me temes un poco, mételo poco y preciso te vas:

Juan ¿por qué no puedes?

Pedro Lemebel, *Loco afán. Crónicas de sidario*. Santiago: Ed. LOM, 1997.

(Fragmento)

*La plaga nos llegó como una nueva forma de colonización
por el contagio
Reemplazó nuestras plumas por jeringas, y el sol
por la gota congelada de la luna en el sidario.*

“Los diamantes son eternos”

(Frívolas, cadavéricas y ambulantes)

En el ghetto homosexual siempre se sabe quien es VIH positivo, los rumores corren rápido, las carteras que se abren de improviso, los papeles y remedios tirados por el suelo. Y no falta la intrusa que ayuda a recoger preguntando: ¿Y ese certificado médico? ¿Y tanto remedio y pastillas? ¿Y estas jeringas niña? No me digas que eres adicta.

En estos lugares, donde anida fugaz la juerga coliza: organizaciones para la prevención, movimientos políticos reivindicativos, eventos culturales, desfiles de modas, peluquerías y discoteques, nunca faltan la indirecta, la talla, el conchazo que vocea alaraco la palidez repentina de la amiga que viene entrando. ¡Te queda regio el sarcoma linda! Así, los enfermos se confunden con los sanos y el estigma sidático pasa por una cotidianeidad de club, por una

familiaridad compinche que frivoliza el drama. Y esta forma de enfrentar la epidemia, pareciera ser el mejor antídoto para la depresión y la soledad, que en última instancia es lo que termina por destruir al infectado.

En uno de estos lugares, al calor delirante de la farra marucha, es fácil encontrar una loca positiva que acceda a contestar algunas preguntas sobre el tema, sin la mascarada cristiana de la entrevista televisiva, sin ese tono masculino que adoptan los enfermos frente a las cámaras, para no ser segregados doblemente. Más bien jugando un poco con el aura star de la epidemia, así, revertir el testimonio, el indigno interrogatorio que siempre coloca en el banquillo de los acusados al homosexual portador.

-¿Por qué portador?

-Tiene que ver con puerta.

-¿Cómo es eso?

-La mía es una reja, pero no de cárcel ni de encierro. Es una reja de jardín llena de florecitas y pájaros.

-¿Barroca?

-No sé lo que es eso, pero puede ser, una verja llena de cardenales.

-¿Y a dónde conduce?

-Al jardín del amor.

-¿Se abre?

-Siempre está abierta de par en par.

-¿Y qué hay en el jardín?

-Un asiento también de fierro, igual que la reja llena de...

-Pájaros y florcitas

-Y también corazones.

-¿Partidos?

-Bueno un poquito, alguna trizadura por aquí, otra por acá, pero sin flechas. Eso del angelito cupido es cuento hétero, en vez de flechas jeringas.

-¡Huy qué heavy!

-¿Qué tanto? Si los pinchazos ahora me excitan.

-Bueno, estábamos en el amor. El jardín portador del amor.

¿No crees que te corres del tema?

-Siempre, nunca tienen que saber lo que estás pensando.

-¿En qué estás pensando?

-Yo no pienso, soy una muñeca parlante. Como esas Barbys que dicen I love you.

-¿Hablas inglés?

-EL SIDA habla inglés.

-¿Cómo es eso?

-Tu dices Darling, I must die, y no lo sientes, no sientes lo que dices, no te duele, repites la propaganda gringa. A ellos les duele.

-¿Y a ti?

-Casi nada, hay muchas cosas por las que vivir. El mismo SIDA es una razón para vivir. Yo tengo SIDA y eso es una razón para amar la vida. La gente sana no tiene por qué amar la vida, y cada minuto se les escapa como una cañería rota.

-¿Es un privilegio?

-Completamente, me hace especial, seductoramente especial. Además tengo todas las garantías.

-¿Cómo así?

—Mira, como portador, tengo médico, sicólogo, dentista, gratis. Estudio gratis. A quién le cuento el drama se compadece y me dice al tiro que sí a lo que le pido.

—Menos al amor.

—Bueno a la gente le gusta que tú te mueras, se sienten más vivos, más seguros. Pero los portadores estamos más allá del amor. Sabemos más de la vida, pero por descuentos. Este mismo minuto, yo soy más feliz porque no habrá otro.

—Nunca hay otro para nadie.

—Pero no es lo mismo; tú verás nevar alguna vez si vas a Farellones o a otra parte donde van los ricos. Pero yo nunca, porque puede que ya no esté. Y esa nieve se derrite siempre antes que yo llegue. Es un sueño que siempre tengo. Pongo la mano para recibir un copo y me cae agua. ¿Te fijas? Algo siempre está partiendo.

—¿Como una carrera contra el tiempo?

—Se me evapora el alma antes de llegar.

—¿Como la canción?

—Claro, pero sin música. Los deseos, las ganas. Ahí estamos tratando de agarrarlos.

—¿Y ser viejo?

—Bueno, ahí tienes otra garantía. Nunca seré vieja, como las estrellas. Me recordarán siempre joven.

—¿Y si encuentran el remedio?

—Me muero igual, porque de aquí a que llegue a Latinoamérica, y a qué precio. ¿Te imaginas lo que va a costar? Como siempre se salvan las ricas primero.

—Como el AZT.

—Sí, pero para mí, el AZT es como la silicona, te alarga, te agranda, te engorda, te pone unos tiempos más de duración. Hay travestis que se lo inyectan ellos solos

—¿EIAZT?

—No, la silicona. En la Sota de Talca, una travesti me dijo que estaba esperando la bencina para el avión. Y yo pensé que era el AZT. No niña, me dijo es para las pechugas. ¿Y cómo lo haces? En una clínica supongo. Nada que ver, no tengo plata para eso. Me compro dos botellas de pisco, me tomo una, cuando estoy raja de curá con una gillete me corto aquí. Mira, abajo del pezón. Ahí no hay muchas venas y no sangra tanto. ¿Y? Cachay que la silicona es como una jalea. Como esas lágrimas de mar que hay en la playa. Bueno, te la metes por el tajo y después con una aguja con hilo te hacís la costura. ¿Y la otra botella de pisco? Te la echai en la herida y te tomái el resto. Quedai muerta de cocida, después el peso de la silicona cae y te tapa la cicatriz, no se te nota. ¿Veí?

—Eso era en Talca. ¿Hay mucho SIDA por allá?

—Igual que en todas partes. Ahí supe que los travestis le dicen la sombra.

—¿Cómo?

—Se pego la sombra dicen. Es bonito fijaté. Es como la sombra de los ojos. ¿Te fijas que todos los que tenemos SIDA, tenemos una mirada matadora?

—Sin regreso.

—¿Te fijas que algo se va cuando dejas de mirarme? Algo se rompe. Mirame.

–Te estoy mirando.

–No, no me estás mirando a mí, estás mirando mi muerte. La muerte tomó vacaciones en mis ojos.

–¿Por qué tanta poesía? ¿Te ablanda el drama? ¿Es más soportable?

–Mira yo no hablo de poesía, más bien de poseída.

–¿Y escribes?

–A veces, en esos días abochornados cuando está a punto de llover. Me gustaría que estuviera lloviendo cuando... Cuando me llegue la hora pues, las flores duran más tiempo con el agua.

Mauricio Wacquez, *Epifanía de una sombra*. Santiago, Ed. Sudamericana, 2000.

(Fragmento)

Vicente era un jovencito severo, con claras intenciones de imponer un modelo tenaz a su existencia. A los doce años, ese primer domingo a la salida de la misa, mostraba una gracilidad de niña, embutido en el ajustado pantalón cordobés y ceñido en la cintura por la faja roja. Pájaro más que niño, flor más que pájaro, tenía los ojos achinados como prueba de que los toquis o las machis no estaban muy lejos en su ascendencia. Pero la piel era blanquísimas, transparente sobre los pómulos de hielo, en las orejas de nácar, alrededor de la boca gruesa y caprichosa, en las voraces y palpitantes ventanillas de la nariz. Santiago lo vio de lejos, pero por una cuestión de prestigio, se hizo el desentendido. Se volvió hacia sus padres y dijo cualquier cosa para desviar la atención que estaba prendida de aquella familia alegre, ruidosa y sin miedo a la muerte.

(...)

Todo fue a propósito de las diferencias que existían entre la familia Olavarrieta y la Warni. Por ejemplo, ése, dijo la madre refiriéndose a Vicente, va a sembrar el pueblo de guachos, como tus tíos y tus tíos abuelos, los hermanos de tu abuelo, y para qué te digo más. No son las clases las que se perpetúan, sino los machos como los hijos de Pedro Olavarrieta. Tú, con tu sangre delgada, no tendrás posibilidad de ser como ellos. Claro, yo quise otra cosa para mí. Yo quise un caballero, un verdadero caballero, eso que en nuestros pagos llaman un futre, un palogruoso. Y no me arrepiento. Siempre ha latido un poeta detrás de nuestros señorones. Y también hay que reprochar a los caballeros el hecho de ser un poco más elegantes que los demás. Por algo se dice de alguno de nuestros hombres que son tan caballeros, tan caballeros, que son unas damas. Pero a simple vista yo no tenía un candidato que colmara mis expectativas. Me había resignado a vestir santos, porque cualquiera elección hecha por tu abuela me habría convertido en una sufridora más, como las hay tantas en la familia. Tenía que ser algo diferente.

(...)

Esta errática confesión hace pensar a Santiago en los paraísos de su primera juventud: el privilegio de haber nacido en un país donde el tabú era el uso vaginal del amor, y cuyo aprendizaje hacía de las más hermosas náyades, unas diosas de la sodomía. Es algo

que pocas veces se menciona en los libros sobre cultura del país de Diógenes, pese a que todo se conjugaba para hacer de esa práctica una de las mayores adquisiciones culturales de este siglo. En primer lugar se cumplía con todas las ortodoxias: no había fornicación y los denuestos de las Escrituras contra la sodomía se centraba en la nefanda costumbre de llevarla a cabo entre varones. No hay anatema ni mención de esta práctica con que los privilegiados del país salvaguardaban la virtud de sus mujeres. A todo lo cual hay que sumarle las ventajas sociales, demográficas, y la conservación de la pureza étnica de las castas.

Lo extraordinario que revivió Santiago esa mañana, mientras los pistones del Continental de 65 HP se hacían elásticos mediante el calor y se adaptaban, oleosos, al movimiento de bombeo dentro de los cilindros, fue la vívida representación de los momentos con Claudia, sus manoseos, sus deseos perentorios, la necesidad de soledad celeste que precisaba para arrojarle en el vértigo y la sinrazón, en la vesanía y el olvido.

El pequeño Cessna era llamado el íntimo por contar con dos asientos lado a lado, o mejor, con uno solo doble, que a Santiago le hacía sospechar que él no era el único en utilizarlo para llevar a cabo prácticas inconfesables. También lo llamaban Hilton y a menudo los pilotos veían el ir y venir del avión desde Pirque a la Hostería de las Brujas, en vuelo recto y nivelado, perfectamente estabilizado, contribuyendo con su bello ronroneo a enaltecer los tributos de Eros. Lo curioso era la docilidad del aparato y el espacio que dejaba para que piloto y copiloto pudieran ocupar, juntos, el mismo sitio, incluso en sentido inverso, es decir, en el caso de Claudia, mirando hacia la parte trasera de la cabina. Lo que más divertía —y fascinaba— a Santiago era la inmensidad de orgasmos que aquella modalidad podía producirle. Léanse por acaso los miserables textos que dividen a las mujeres en vaginales y clitorídeas y no se pondrán de acuerdo con la teratológica experiencia de Santiago, que fornicaba muchas veces con una muerta, una jovencita desmadejada y muerta, estertórea, asfixiada en sus abundantes humores, en los chorros de luz que caían virginalmente sobre el vientre de Santiago.

Esta evocación no contribuyó mucho a la paz espiritual de nuestro héroe. Como veía la cara entre bovina y expectante del sargento Machuca, soltó los frenos y aceleró para sacar el avión de la inercia y comenzar el carreteo por la pista paralela a la de aterrizaje. Cuando llegó al cabezal oeste probó el motor, con un magneto, con dos magnetos, cortado, con full motor, y los pies clavados en la parte superior de los pedales. Miró en ambas direcciones, puso un punto de flap y salió embalado a 1.300 vueltas y 30, 40, 50, 60 millas. Tiró el comando suavemente hacia atrás moviendo al mismo tiempo el estabilizador longitudinal para suavizar la maniobra. El avión abandonó la tierra a 65 millas por hora, como el alma de san Buenaventura en pos del Rostro, una vasta extensión verde, cuadriculada por los álamos, que se estrechaba hacia el Cajón del Maipo. Santiago, perseguido por la lujuria de las imágenes de Claudia, se había abierto hacía rato el marrueco y gozaba de la única soledad que realmente lo conmovía: la de separarse físicamente de la tierra y vivir en el aire mezclado, un aire organizado y completo. Su miembro se apoyaba

dulcemente sobre el comando en una dolorosa ascensión paralela, tumefacta, de la que se desprendía el fuerte hedor de las satisfacciones de ayer. Giró 90° hacia el cerro San Ramón y volvió a girar hacia el norte. El sol diseminado sobre la capa de esmog que cubría Santiago lo aislaba más todavía, lo convertía, en un objeto único entre los demás meteoros. Pero sus ensoñaciones se confundían, se aglomeraban como un sueño en el que podía elegir los momentos, objetos, oquedades, encuentros, succiones y embites que le hicieran liberar la tensión de su alma sobre el plástico del comando, saltar hasta los instrumentos, salpicar el plexiglas del parabrisas. A su izquierda vio la piscina de Las Brujas e inició el descenso en la pierna con el viento. Cuando enfiló la pierna final y vio la bellísima pista asfaltada de Tobaraba, ya había puesto aire caliente en el carburador, había bajado las revoluciones, con el estabilizador atrás y los flaps abajo, y ya planeaba con los ojos fijos en la torre. El fognazo verde no tardó en dirigirse hacia él. A 60 millas por hora, las ruedas tocaron el asfalto y él empujó vigorosamente el comando hacia adelante para llevar a cabo un aterrizaje en ruedas. Entonces se produjeron muchas cosas simultáneas: dejó que el frenado lo llevara hasta una de las salidas, levantó los flaps, cortó el aire caliente, pisó el pedal derecho y, con un pañuelo limpió el desastre en que había quedado convertido el avión. Ya se acercaba al aparcamiento y todavía exhibía el trofeo fuera del pantalón. Entre el asco y la viscosidad de todo, logró componer lo mejor que pudo el aspecto ordinario del avión y de sí mismo, mientras se estacionaba en medio del césped. Abrió la ventanilla y dejó que el acelerón final le secara el rostro congestionado.

(...)

¡Quiubo, Wenceslao!, he estado esperando alguna reacción de tu parte pero nada. ¡Hola, tía!, no sé qué hacer, en realidad. Estábamos de acuerdo en que era preferible que tú lo dijeras y no que esos sabuesos de cartón piedra destaparan el pastel. Sí, lo sé, tía, pero no hallo por dónde comenzar. En realidad, no puedes alegar que fuera accidente. No, claro, pero no sé si debo decir lo otro. ¿Qué es "lo otro"? La vida que llevaba el Chino a espaldas de todos. ¡Ep!, espera un poco, que no te sigo, estábamos en que tú te sentías escandalizado por la vida disoluta de Vicente, que no soportabas el hecho de que corriera constantemente detrás de las mujeres del pueblo y que, en un acceso de furor, lo mataste. Sí, claro, es más o menos eso, aunque todavía no le he dicho nada de lo otro, de por qué decidí acabar con su vida, de los sucesos que venían pasando desde que él llegó a este pueblo. ¿Qué puede haber además, Wenceslao?, dímelo porque parece que me desayuno. Mire, tía, durante más de un año viví pegado a los talones de Vicente; lo seguí a todas partes, estuve cerca en todas sus aventuras galantes, puedo enumerárselas una a una. ¡Y qué!, dijo la madre de Santiago, no me dices nada nuevo, así que... ¡Espere, tía!, usted no lo sabe todo, no tiene idea de lo que hacía el Vicho; tenía un lacho... ¡Un lacho! Sí, un lacho, un tipo que lo dominaba como si fuera una serpiente. ¿Y quién era? El Bautista, el que se hacía el santo durante las misiones. ¿Y cómo conoces tú esas indecencias? ¡Bah, tía, podré ser joven pero no tonto; ¿usted se imagina la fama de conquistador que tenía el Chino?, pues en realidad era un colipato, un maricón; cuando lo descubrí, hacía tiempo que algo

me daba vueltas por la cabeza; no podía ser tan perfecto, ni tan buenmozo, ni tan rico; algo fallaba, tía, yo estaba convencido de que detrás de él había una realidad muy distinta; seguí paso a paso los requiebros que el Bautista le hizo, hasta que los pillé haciéndolo en el Molino; no sé lo que me pasó, algo muy extraño, me sentí sin aliento; primero vi el cuerpo del Bautista, vestido con apenas unos andrajos, sin camisa, y bajo él, Vicente, completamente desnudo, blanco como la luna, dejándose besar de la misma forma que una mujer; Vicente estaba excitado, muy excitado, y por entre los harapos del tipo salía una cosa, tía, que yo no podía creer; me parecía estar soñando, eran como dos caballos, o no, mientras el Bautista lo besaba, le decía frases de una infinita ternura, para que el Chino se dejara; ambos respiraban como si estuvieran corriendo una carrera de fondo; y no se sabía exactamente cuál de los dos era más blanco y más lampiño, la verdad es que yo no estaba en mis cabales, que las cosas se habían ido al diablo hacía rato, contemplando aquel cuadro alucinante; tía, le repito que lo vi como si él no tuviera alma, como si el único remedio para sanarlo fuera la muerte, puesto que no pertenecía a la comunión de los justos, era preferible que se alejara de nosotros para siempre; bueno, prefiero ahorrarme los detalles incómodos, baste con saber que lo hicieron exactamente como los animales y que después permanecieron traspuestos; parecían imágenes; después de eso, los seguí a sol y sombra, vi al Bautista colarse en las casas de los Olavarrieta y hacerlo ocultos por las tinieblas de los corredores del fundo e incluso en medio de las líneas del tren, a medianoche; pero últimamente, tía, todo iba a más; al Vicho no se le ocurrió nada mejor que ir a meterse a la pieza del Serrano cuando el Bautista dormía con él; yo no sé lo que pasaba pero el Vicho se demoraba mucho rato dentro y no creo que hayan estado rezando; una de esas noches, hacia el alba, decidí matarlo, y no me fue difícil; con el bate, con ese bate que está ahí, le pegué después de decirle que tenía que encontrarse con una mina en el huerto que hay detrás de su casa; le pegué bien fuerte.